

cho en pecho. Es la escritura significativa, la facilitación psicológica, y de ahí a la imbecilidad hay un paso. Es el problema de la psicología, la psicología no puede pensarse sin dios; entonces, siempre tiene que buscar el atenuante cristiano. Por eso, no puede pensar el despecho, tiene que jugar con pecho. De ahí en más tiene que hacer un infanticidio, en vez de tomar la voz auténtica de aquel que seguramente conoció el término exacto: «despecho». Aunque es un estilo desagradable, aquí se debe postular algo pedagógico: no se puede jugar con el significativo, ni con el equívoco, cuando se presenta un sentido real. O sea, certero.

Es importante que nosotros miremos el abismo que nos separa como psicoanalistas, de la psicología. Pues la psicología, detrás de su afán cristiano altruista, esconde el supremo modo del odio, que es despreciar la palabra del otro.

El odio en el discurso capitalista

El amor no es un elemento que se pueda volver combustible dentro del capitalismo. El capitalismo rechaza el amor. No es un elemento más de la incorporación y de su posterior destrucción por el capitalismo, sino que es su rechazo. Es la *verwerfung* del amor, con lo cual queda problematizado el concepto mismo de transferencia, desde el punto de vista de la *odioenamoración*, y esto pone en entredicho al discurso analítico mismo. Esta es la radicalidad de por qué estamos trabajando esta temática, porque tiene que ver esencialmente con la posibilidad clínica, con la potencialidad de práctica del análisis.

Es verdad que he dicho cosas hace muchos años que no sostendría hoy. Por ejemplo, con la instauración que hemos hecho en nuestro trabajo de la teoría de la letra, la clínica ha virado absolutamente. Y hay gente que ha trabajado con nosotros que cree actual cosas que se hablaron hace muchos años. Es decir, que la posibilidad de renovar la novedad y la potencia del discurso analítico va a pasar por cómo tomemos la letra. Porque en ese campo se va a dirimir una potencialidad, en la cual el psicoanálisis ahora empieza a quedar anulado por el mismo efecto del discurso capitalista.

Si el amor se integrara como un elemento más, si el amor se integrara dentro del discurso analítico como un elemento combustionable o asimilable a otros elementos, podríamos manejarnos como nos ma-

nejamos siempre. Pero esto ya no es así, hay un rechazo, una *verwerfung* del amor.

Entonces, pasa al siguiente punto: ya el odio no se dirige solamente al ser, sino que lo importante del odio es que coloca al sujeto en el mismo lugar que el discurso capitalista, es decir, como desecho. El sujeto queda desechado en el odio, no hay sujeto. Éste es el efecto fundamental, por eso la importancia de vincular el discurso capitalista al amor y al odio, y es en ese circuito que esto toma novedad.

La pregunta fuerte es, si no está el amor como instrumento real de la producción, ¿cómo hacer aparecer el deseo? Este es el lío en el que estamos, el goce necesita del amor para pasar al deseo, es el escalón que le permite descender.

No estoy dando soluciones a las cuestiones, sino planteando los problemas que para la práctica analítica, para nuestro futuro inclusive, son fundamentales. Por supuesto, son preguntas que hacemos los analistas, el resto se guía por el sentido de lo que va.